

«Uno de los mejores escritores del sudeste asiático vuelve con una fabulosa y obsesiva novela de guerra, arte y recuerdos. Como con Ishiguro, con Tan Tash Aw, su belleza nunca llega a descansar.» *The Independent*

# *El Jardín* *de las* Brumas

TAN TWAN ENG

FINALISTA ABSOLUTO DEL MAN BOOKER PRIZE 2012



Tras su empeño en ayudar a enjuiciar a los criminales de guerra japoneses, Teoh Yun Ling, superviviente de un brutal campo de prisioneros japonés, busca consuelo a sus cicatrices entre las plantaciones de Cameron Highlands, la sierra central de Malasia, donde ella pasó su infancia.

Desde antes de la guerra ya sabía que allí vivía el enigmático Nakamura Aritomo, que había sido jardinero del emperador de Japón. A pesar de su resentimiento con los japoneses, Yun Ling busca involucrar a Aritomo para crear un jardín en memoria de su hermana, Yung Hong, que murió en el campo de concentración. Este se niega, pero acepta tomar a Yun Ling como aprendiz «hasta que llegue el monzón». Luego ella podría diseñar su proyectado jardín.

Mientras trabaja en Yugiri, «el jardín de las brumas» diseñado por Aritomo, más allá de las colinas hay otra guerra: las guerrillas comunistas actúan con ferocidad y los nacionalistas malayos luchan por la independencia ante el poder colonial británico. Al paso de los meses, mientras los riesgos en la zona aumentan día a día, Yun Ling se sorprende íntimamente atraída por su «sensei» y todas sus artes. Además, Yugiri se revela como un lugar misterioso que parece apartarlos de todo.

¿Por qué su anfitrión suráfricano, Magnus Pretorius, parece casi inmune a las incursiones de los comunistas? ¿Quién es Aritomo y cómo llegó hasta aquí? ¿Cuál es la leyenda del «dorado Yamashita», por qué ha de creerla? ¿Será la historia de cómo Yun Ling logró sobrevivir a la guerra tal vez el secreto más oscuro de todos? ¿Tendrá razón Aritomo, será la memoria como el arte de la jardinería, donde cada paso es una forma de engaño?

«El jardín de las brumas es, como la huella japonesa, una aleación de refinamiento exquisito y memoria violenta... Que una novela tan perfecta e inteligente la saque un pequeño sello como Myrmidion dice mucho acerca de la vulgaridad de la edición empresarial de hoy... Como con Ishiguro, con Tan Tash Aw, su belleza no llega nunca a descansar». Boyd Tonkin, *The Independent*.

Para mi hermana  
y  
opgedra aan A J Buys – sonder jou sou hierdie  
boek dubbel so lank en halfpad so goed wees.  
Mag jou eie mooi taal altyd gedy.

«Hay una diosa de la Memoria, Mnemósine; pero no una del Olvido. Sin embargo, debería existir, ya que son hermanas gemelas, fuerzas gemelas, y caminan a ambos lados de nosotros, mientras porfían por nuestra soberanía y por quiénes somos, durante todo el trayecto hasta la muerte».

Richard Holmes,  
*A Meander Through Memory and  
Forgetting.*

| Península de Malaya, 1949



Cameron Highlands, Malaya, 1949

## Capítulo uno

En una montaña por encima de las nubes, una vez vivió un hombre que había sido el jardinero del emperador de Japón. No había mucha gente que hubiera sabido de él antes de la guerra, pero yo sí. Había dejado su hogar en la cima del amanecer para venir a las tierras altas centrales de la península malaya. Yo tenía diecisiete años cuando mi hermana me habló de él por primera vez. Pasaría una década antes de que yo viajara a las montañas para verlo.

No se disculpó por lo que sus compatriotas nos habían hecho a mi hermana y a mí. Ni aquella mañana salpicada de lluvia en que nos conocimos ni en ninguna otra ocasión. ¿Qué palabras podrían haber aliviado mi dolor y devolverme a mi hermana? Ninguna. Y él lo entendió. No mucha gente lo hacía.

Treinta y seis años después de aquella mañana, oigo de nuevo su voz, hueca y profunda. Han empezado a liberarse recuerdos que yo había desterrado, como cascos que se desprenden de una placa de hielo ártico. Durante el sueño, esos témpanos rotos navegan a la deriva hacia la luz de la mañana del recuerdo.

La quietud de las montañas me despierta. La profundidad del silencio: eso es lo que he olvidado de la vida en Yugiri. Los murmullos de la casa flotan por el aire cuando

abro los ojos. Me acuerdo de que Aritomo me dijo una vez: «Una casa antigua atesora su cúmulo de recuerdos».

Ah Cheong golpea la puerta y me llama con suavidad. Salgo de la cama y me pongo la bata. Miro alrededor en busca de mis guantes y los encuentro en la mesilla de noche. Mientras me los pongo, le digo al mayordomo que pase. Entra y coloca sobre la mesilla la bandeja de peltre con una tetera y un plato de papaya cortada; él hacía lo mismo por Aritomo todas las mañanas. Se gira hacia mí y dice:

–Le deseo una larga y apacible jubilación, jueza Teoh.

–Sí, parece que me he adelantado a ti.

Él es, calculo, cinco o seis años mayor que yo. No estaba cuando llegué ayer por la noche. Lo observo y antepongo lo que veo sobre lo que guardo en la memoria. Es un hombre bajo y pulcro, más bajo de lo que recuerdo, y ahora está completamente calvo. Nuestros ojos se encuentran.

–Estás pensando en la primera vez que me viste, ¿verdad?

–En la primera vez no; en el último día. En el día que usted se fue.

Asiente con la cabeza para sí mismo.

–Ah Foon y yo... siempre tuvimos la esperanza de que un día volviera.

–¿Está ella bien?

Inclino hacia un lado la cabeza para mirar tras él y busco a su esposa, que está en la puerta esperando a que la llame para entrar. Viven en Tanah Rata y todas las mañanas suben en bicicleta la carretera de la montaña hasta Yugiri.

–Ah Foon falleció, jueza Teoh. Hace cuatro años.

–Sí, sí, es verdad.

–Ella quería decirle lo agradecida que se sentía de que usted pagara sus facturas del hospital. Yo también me sentí agradecido.

Abro la tapa de la tetera, luego la cierro, mientras intento recordar en qué hospital la habían ingresado. Me viene el nombre: Hospital Lady Templer.

–Cinco semanas –dice.

–¿Cinco semanas?

–Dentro de cinco semanas hará treinta y cuatro años que el señor Aritomo nos dejó.

–¡Por el amor de Dios, Ah Cheong! No he regresado a Yugiri en todo ese tiempo. ¿Me juzga el mayordomo por el creciente número de años desde la última vez que estuve en esta casa, como un padre que hace otra muesca en la pared de la cocina para señalar el crecimiento de su hijo?

La mirada de Ah Cheong se queda fija en algún punto por encima de mi hombro.

–Si no hay nada más...

Comienza a darse la vuelta. En un tono más suave digo:

–Espero a un invitado esta mañana a las diez. El profesor Yoshikawa. Acompañéle a la veranda de la sala de estar.

El mayordomo asiente una vez con la cabeza y se marcha cerrando la puerta tras él. No es la primera vez que me pregunto cuánto sabe, qué habrá visto y oído en sus años de servicio con Aritomo.

La papaya está helada, como a mí me gusta. Exprimo sobre ella la rodaja de lima y me como dos trozos antes de dejar el plato. Abro las puertas correderas y paso a la veranda. La casa se asienta sobre pilotes bajos y la veranda se eleva dos pies por encima del suelo. Las persianas de bambú crujen cuando las enrolló. Las montañas están como siempre las recordé, con la primera luz de la mañana fundiéndose en sus laderas. Hojas mustias húmedas y ramitas rotas cubren el césped. Esta zona de la casa está separada del jardín principal por una valla de madera. Una parte se ha derrumbado y la hierba alta sobresale entre los huecos de las tablas caídas. A pesar de que me había

preparado para esto, las condiciones de abandono del lugar me impresionan.

Al este, por encima de la valla, se puede ver una parte de la Finca de Té Majuba. La cuenca del valle me recuerda a las palmas de las manos de un monje, ahuecadas para recibir la bendición. Es sábado, pero los recolectores de té trabajan ascendiendo por las laderas. Por la noche ha habido tormenta y quedan nubes aisladas sobre los picos. Desciendo desde la veranda a una hilera estrecha de baldosas de cerámica, frías y húmedas bajo mis pies descalzos. Aritomo las consiguió en un lugar en ruinas de Ayutthaya, donde una vez enlosaron el patio de un rey antiguo y anónimo. Las baldosas son los últimos vestigios de un reino que ya nadie recuerda, y sus historias están relegadas al olvido.

Lleno al máximo mis pulmones y exhalo. Al ver cómo toma forma mi propia respiración, esta maraña de aire que hace tan solo un segundo había estado dentro de mí, recuerdo la sensación de maravilla que entonces me aportaba. El cansancio de los meses anteriores se escurre por mi cuerpo, solo para volver a inundarme un momento después. Resulta extraño que ya no tenga que pasarme los fines de semana leyendo montones de documentos de apelación o poniéndome al día con el papeleo semanal.

Exhalo por la boca unas cuantas veces más, mientras miro cómo se desvanecen mis suspiros en el jardín.

Mi secretaria, Azizah, me trajo el sobre poco antes de que dejáramos mi despacho para pasar a la sala de justicia.

—Ha llegado esto para usted ahora mismo, *puan*<sup>[11]</sup> —dijo.

Dentro había una nota del profesor Yoshikawa Tatsuji que confirmaba la fecha y hora de nuestro encuentro en Yugiri. Había sido enviada una semana antes. Al mirar su pulcra caligrafía me pregunté si habría sido un error acce-

der a verle. Estaba a punto de telefonarle a Tokio para cancelar la cita cuando me di cuenta de que ya podría estar de camino a Malasia. Y había algo más dentro del sobre. Al darle la vuelta, un fino palo de madera de unos doce centímetros de largo cayó sobre mi escritorio. La madera era oscura y suave, y la punta estaba rodeada de delgadas muescas superpuestas.

–Qué corto *lah*<sup>[2]</sup> es ese palillo. ¿Es para niños? –dijo Azizah mientras entraba en la estancia con un montón de documentos para que los firmase—. ¿Dónde está el otro?

–No es un palillo.

Me senté y miré el palo sobre la mesa hasta que Azizah me recordó que mi ceremonia de jubilación estaba a punto de empezar. Me ayudó a ponerme la toga y salimos juntas al pasillo. Ella caminaba por delante de mí, como siempre, para avisar a los abogados de que la *puan hakim*<sup>[3]</sup> estaba en camino; ellos siempre solían mirar su cara para calibrar mi humor. Mientras la seguía, me di cuenta de que esa sería la última vez que haría aquel recorrido desde mi despacho hasta mi sala de justicia.

Construido hacía casi un siglo, el edificio del Tribunal Supremo de Kuala Lumpur poseía la solidez de una estructura colonial, erigida para durar más que los imperios. Los elevados techos y las paredes gruesas mantenían el aire fresco, incluso en los días más calurosos. Mi sala de justicia era lo bastante grande como para que se sentaran cuarenta personas, puede que cincuenta; pero esa tarde de martes los abogados que no habían llegado pronto tuvieron que apiñarse al fondo junto a las puertas. Azizah me había informado sobre el número de asistentes a la ceremonia pero, aun así, me quedé atónita cuando ocupé mi sitio en el banco bajo los retratos del Agong<sup>[4]</sup> y la Reina. En la sala se hizo el silencio cuando Abdullah Mansor, el presidente del tribunal, entró y se sentó junto a mí. Se inclinó y me dijo al oído:

–Aún no es tarde para reconsiderarlo.

–Nunca te rindes, ¿verdad? –dije mientras le dirigía una leve sonrisa.

–Y tú nunca cambias de opinión –suspiró–. Lo sé. Pero ¿por qué no puedes quedarte? Solo te quedan dos años más para marcharte.

Al mirarlo rememoré la tarde en su despacho en la que le conté mi decisión de jubilarme anticipadamente. A lo largo de los años nos habíamos peleado por muchas cosas –por cuestiones legales o por el modo en que él dirigía los tribunales–, pero yo siempre había respetado su intelecto, su sentido de la justicia y su lealtad hacia nosotros, los jueces. Aquella tarde fue la única vez que perdió la compostura conmigo. En su rostro solo había tristeza. Le echaría de menos.

Mientras atisbaba por encima de sus gafas, Abdullah comenzó a relatar mi vida al público, intercalando en su discurso frases en inglés e ignorando el letrado de la sala, en el que se obligaba a utilizar la lengua malaya en el juzgado.

–La jueza Teoh fue la segunda mujer nombrada para el Tribunal Supremo –dijo–. Ha servido en este tribunal durante los últimos catorce años...

A través de las ventanas altas y polvorientas, veía la esquina del campo de críquet al otro lado de la carretera y, más allá, el Club Selangor con su fachada simulando el estilo Tudor, que me recordaba a los chalés de Cameron Highlands. Sonó el reloj de la torre sobre el pórtico central, aporreando con su lánguida cadencia las paredes de la sala. Giré ligeramente la muñeca y miré la hora: pasaban once minutos de la tres; el reloj estaba, como siempre, inequívocamente adelantado, hacía años que los relámpagos le habían robado la puntualidad.

–... pocos de nosotros sabemos que fue prisionera en un campo de internamiento japonés cuando tenía diecinueve años –dijo Abdullah.

Los abogados murmuraron entre ellos y me observaron con creciente interés. Yo nunca había hablado con nadie de los tres años que había pasado en el campo. Intentaba no pensar en ello durante el día a día, y generalmente lo conseguía. Pero, de vez en cuando, los recuerdos afloraban mediante un sonido que oía, una palabra que alguien pronunciaba o un olor que percibía por la calle.

—Cuando la guerra terminó —el presidente del tribunal prosiguió—, la jueza Teoh trabajó como empleada de investigación en el Tribunal de Crímenes de Guerra mientras esperaba el ingreso para estudiar leyes en Girton College, Cambridge. Después de su ingreso en la abogacía, volvió a Malaya en 1949 y trabajó como Ayudante de Fiscal durante casi dos años...

En la primera fila, debajo de mí, estaban sentados cuatro abogados británicos ancianos, con corbata y trajes casi tan antiguos como ellos. Al igual que varios hacendados del caucho y empleados públicos, habían decidido quedarse en Malaya tras la independencia, hace treinta años. Estos ancianos ingleses tenían el aire desolado de las páginas arrancadas de un libro viejo y olvidado.

El presidente del tribunal carraspeó y yo lo miré.

—... la jueza Teoh no estaba obligada a jubilarse hasta dentro de dos años, por lo que sin duda se imaginarán nuestra sorpresa cuando, hace tan solo dos meses, nos dijo que pretendía dejar el tribunal. Sus sentencias escritas son conocidas por su claridad y su elegancia en la expresión...

Sus palabras florecían y se hacían más laudatorias. Yo me encontraba lejos, en otra época, pensando en Aritomo y en su jardín en las montañas.

El discurso terminó. Yo hice que mi mente regresara a la sala de justicia, esperando que nadie se hubiera dado cuenta de mis lagunas de atención; no era apropiado estar distraída en mi propia ceremonia de jubilación.

Dirigí unas palabras breves y sencillas al público y entonces Abdullah puso fin a la ceremonia. Yo había invitado a una pequeña recepción en mi despacho a unos cuantos simpatizantes del Consejo de la Abogacía, a mis compañeros y a los socios mayoritarios de los bufetes de abogados más grandes de la ciudad. Un periodista me hizo unas cuantas preguntas y tomó unas fotografías. Después de que los invitados se marcharan, Azizah comenzó a dar vueltas por la estancia recogiendo los vasos y platos de papel de la comida a medio terminar.

–Llévate esos hojaldres de *curry* –dije– y aquella caja de pasteles. No desperdicies la comida.

–Lo sé *lah*. Siempre me lo dice.

Empaquetó la comida y dijo:

–¿Necesita algo más?

–Puedes irte a casa. Yo cerraré. –Eso era lo que normalmente le decía al final de cada sesión–. Y gracias, Azizah. Por todo.

Sacudió las arrugas de mi toga negra, la colgó en el perchero y se volvió para mirarme.

–No fue fácil trabajar para usted todos estos años, *puan*, pero me alegro de haberlo hecho. –Las lágrimas brillaban en sus ojos–. Los abogados... usted siempre fue dura con ellos, pero ellos siempre la han respetado. Usted los escuchaba.

–Ese es el deber de un juez, Azizah. Escuchar. Muchos jueces parecen olvidarlo.

–Ah, pero usted no estaba escuchando antes, cuando *tuan*<sup>[5]</sup> Mansor hablaba y hablaba. Yo estaba observándola.

–Estaba contando mi vida, Azizah. –Le sonreí–. No había mucho que no supiera sobre eso, ¿no crees?

–¿Eso se lo hicieron los *orang jepun*<sup>[6]</sup>? –Señaló mis manos–. *Maaf* –se disculpó–, pero... siempre me ha dado miedo preguntárselo. Ya sabe, nunca la he visto sin sus guantes.